

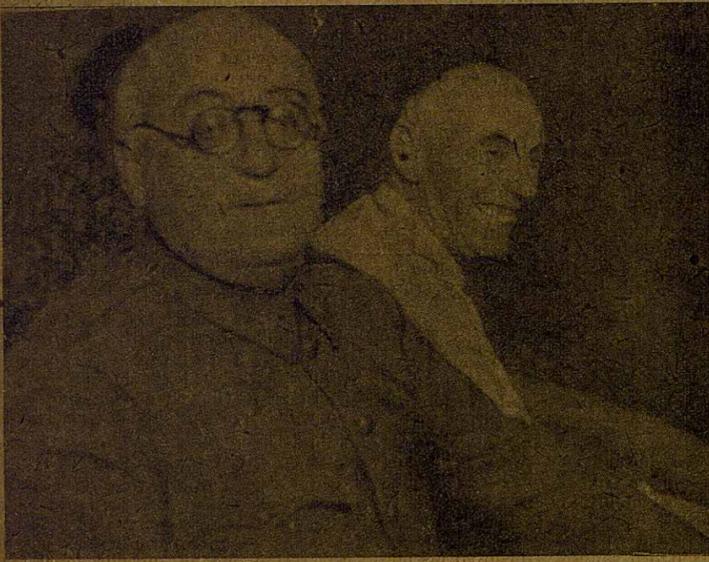


EUZKADI en CATALUNYA

Año II. - Número 37

Editado por un grupo de refugiados vascos

Barcelona, 21 de agosto de 1937



He aquí dos hombres a quienes los madrileños no podrán olvidar tan fácilmente: el general Miaja y el coronel Ortega. Ligados en la defensa heroica de Madrid asisten, ocupando el mismo palco al acto organizado en honor de los comisionados del Frente Popular de París, que tuvo lugar recientemente en el Cine Salamanca de la capital de la República.

GRANDEZAS Y MISERIAS DE LOS PARTIDOS

Representar las ideas políticas como cristalizaciones polarizadas en dos corrientes humanas centrales, constitutivas, de por sí, una verdad de tipo elemental, lindante con el simplismo, pero si bien la ondulación eterna y permanente de las ideas, en perenne devenir, determina esta conclusión, no es menos verdad que, en un proceso limitado en tiempo y en espacio, las ideas, dentro de una diversificación en matices inevitable, oscilan pendularmente de un polo a otro del pensamiento humano, eterno horador de ideas tan viejas como el mundo y que, a cada serie de circunstancias determinantes en un complejo espíritu, pugnan por hegemonizar sobre las contrarias.

Si hay un ejemplo típico en este movimiento medular del pensamiento lo encontramos en Inglaterra, donde las dos corrientes polares han venido concentrándose en los grandes partidos «tory» y «wigh», médulas vivas de la historia política de esa gran nación en donde, menos que en ninguna otra, las facetas divergentes de los grandes dogmas que norman la vida política británica, han actuado con menor intensidad que en ninguna otra, habiendo constituido siempre fracasos inexorables, por brillantes inicios que hayan tenido.

Ello no prejuzga, en esta desconcertante nación, que el gregarismo clásico enraizado en el tradicionalismo inglés, cierre el camino a las grandes individualidades, que tan profunda huella han dejado en la historia británica, el país del «héroe» de Carlyle, del ciclope humano capaz de ejercer la más indeleble estela, hasta revolucionaria, en los linamientos sociales de las clases de la Gran Bretaña, incluso en las más aristocráticas, como lo consiguió Disraeli, el judío pasional que dirigió los destinos del mayor imperio universal, por imposición de su genio político.

La grandeza, el esplendor, la esencia más egregia de los partidos políticos radica, interin éstos están normados ideológicamente por una gran idea y un ideal de honestidad y austeridad que abarca desde la cima a la base, en la subordinación consciente, libre, querida por el individuo, de su propia concepción, de su propia fuerza, de su propio genio, de su propia grandeza, de su propia elevación moral en aras de los más altos y eternos intereses, de los del partido a que pertenece y a quien ha brindado el sacrificio de su energía, de su valer, de su actividad, de su ciencia por imperio de la disciplina que acata como el vínculo que

aglutina todos los valores en uno sólo al que todos se deben. El genio, el talento, la austeridad, la fuerza interna inconstrastable que un hombre señero encierra; los sufrimientos morales, los contratiempos, los dolores y disgustos que causa su postergación; el ostracismo y todos los males que a un hombre de genio, consciente de su valía, pueden causarle los partidos, que a veces degeneran y quedan muy por debajo de su misión histórica ante las grandes individualidades, terminan, en una compensación gloriosa, por imponer sus conceptos, sus ideas renovadoras, sus directrices geniales, tanto más valiosas y preñadas de perspectivas cuanto que se engendraron en el sacrificio, en la abnegación, en el silencio altruista que no excluye la crítica seria, constructiva, susceptible de crear las grandes obras humanas.

La miseria de los partidos, aquello que repugna a todos los hombres que tienen de la austeridad un elevado concepto, es su actuación epigónica y degradada; es la visión de su inmoralidad en los cuadros dirigentes; es asistir a la claudicación de los principios rectores de su ideario; es contemplar el predominio de los intereses individuales, personales sobre los intereses sociales que defiende; es ver que la acción deletérea del hombre falible, carnal, pecador, se hegemoniza por encima de los postulados ideales; es la insensibilidad ante la sinonimia de sus propios principios espirituales; es la carrera desenfrenada de la ambición de sus dirigentes, es la nefasta venta de influencias, es el patronato de los intereses de grupo, el nepotismo, el favoritismo oligárquico de las clientelas de los grandes tiburones de los partidos; es el predominio de los intereses sobre las ideas, los principios espirituales; es el imperio de los audaces, de los «arrivistas», de los insolentes, de los vocingleros, de los listos e intrigantes sobre los sensatos, sobre los austeros, sobre los estudiosos, sobre los sesudos, sobre los honestos y los realmente inteligentes, sobre los idealistas y los que ante todo anteponen su conciencia y la razón suprema de los postulados que constituyen la armadura del partido en que militan. La miseria de los partidos es la selección a la inversa en sus cuadros de mando y de dirección.

Desgraciadamente en España, en este momento histórico, en este instante crucial de nuestros destinos, en este agónico trance de nuestra gloriosa misión, en el minuto más pa-

tético de nuestra Historia, cuando en las bárbaras jugadas de la más horrible guerra impuesta a un pueblo, está en el tapete la trágica cuestión del ser o no ser, del alfa y omega de nuestra civilización y de nuestra propia vida social e individual, los partidos políticos—lo decimos con profundísima amargura, con indecible angustia lancinante—no están a la altura de las circunstancias, ya que todos, sin excepción están, con un desdén es pantoso de las más puras esencias de unificación del pueblo español, aunque tremolen esta necesidad, haciendo una política de escisión, de desunión, de agresividad latente, en potencial. Ninguno ha cargado con la cruz del sacrificio ni ha reivindicado ante el pueblo ibérico la palma de la abnegación. Todos claman y proclaman como única su verdad parcial y ninguno sacrifica nada propio en aras de la verdad del prójimo y del hermano. Y todos debaten sus inevitables diferencias en lenguajes procazes, acres, duros, despiadados en los que se omiten los acentos de hermandad y fraternidad, de comunión ideal, como si disputasen enemigos inconciliables y no compañeros de una misma sagrada causa a quienes separan divergencias accesorias, circunstanciales, transitorias, que pueden y deben obviarse.

¡Que venga pronto y sea bien venido el partido que inspirándose en un ideario de sacrificio, haga suya la cruzada de la pacificación y unificación entre los hermanos proletarios!

Ramón AUZ

Viejos amigos

Hemos tenido la satisfacción de estrechar la mano de nuestro antiguo amigo Miguel Liceaga, presidente de la Gestora Provincial de Guipúzcoa durante la última etapa gubernamental y concejal popular del Ayuntamiento irunés, que en misión oficial ha estado, de paso, en Barcelona.

—Con el mismo motivo hemos tenido ocasión de charlar breves momentos y saludarlo, a nuestro también antiguo amigo y militante de izquierda, Pedro Aguerri, consejero de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa y alcalde que fué del Municipio de Tolosa, donde ostentaba el cargo de concejal popular.

—Y por último, hemos tenido ocasión de conversar durante su estancia en Barcelona, con nuestro antiguo camarada el secretario de la Federación Gráfica Española (U. G. T.) y destacado militante obrero, José Rodríguez Vega.

A todos ellos les deseamos un franco éxito en las gestiones que han motivado su presencia en Cataluña.

¡Para ganar la guerra y obligar a cobardes, emboscados y desertores al cumplimiento de sus deberes militares, elevemos la delación a la categoría del más impetuoso deber!

Frontón Principal Palace

Grandes partidos de pelota a cesta, por los mejores jugadores de la especialidad.

Funciones diarias a las cuatro de la tarde, y los jueves, sábados y domingos, nocturnas a las diez en punto de la noche.



Madrid, la gloriosa capital de la República viene siendo, desde el 7 de noviembre, el punto de mira de los hombres libres de todo el mundo. Continuamente es objeto de muestras de simpatía y admiración de representantes oficiales que en misiones investigadoras no se recatan en mostrar su adhesión más fervorosa a nuestra causa. He aquí, en la escalinata del Palacio Municipal, a los comisionados del Frente Popular de París.

DE «RE», BELICA

Es casi un axioma militar aceptado en todas las academias del mundo y constituye un principio napoleónico indiscutido, que cuando un contendiente quiere terminar una guerra, procura que los beligerantes se encuentren en un plano inclinado en que el móvil aumenta incesantemente su velocidad. «Motus in fine velocior».

Tal es, según se desprende de las actuaciones del ejército fascista, la finalidad a que Franco pretende llevarnos. Sería, de nuestra parte, admitir su iniciativa; es decir, su conveniencia, plantear las batallas donde él las inicia.

Pero tampoco cabe dejar de batallar allí donde él ataca, ya que le permitiríamos éxitos fáciles que necesitan para refulgir a fines de apuntalar la moral de su ejército y retaguardia que se cuartean.

Franco tiene prisa en decidir la guerra. Nosotros no debemos tener tanta como él. Hasta el más cazurro de nuestros labriegos es, en esta estrategia elemental, bastante perspicaz. Si al enemigo le conviene, a nosotros no. Dejémosle hacer.

Hoy las ofensivas no pueden ocultarse. Necesitan intensas preparaciones de artillería y aviación. Se denuncian solas. Que se lance desesperadamente al ataque con desprecio de la carne de cañón que utiliza, y resistir, resistir, acumulando material y máquinas, es, en muchos momentos nuestra misión. Los éxitos iniciales caramente pagados, causan en las tropas desmoralizadas de Franco una hemorragia intensa precursora del colapso.

Desplazar la batalla, dándola en otros frentes donde nos convenga más es el abecé de la ciencia o del arte de la guerra. Ciencia y arte conjugados.

Si en el Norte hay máquinas y aviones, la ofensiva en masa de Franco tiene que tener—y lo tendrá, es inexorable—inicialmente éxitos aparatosos, pero intrascendentes. Si nuestro ejército resiste y cuenta con medios, las roturas del frente, las bolsas que crea, no constituyen sino meros ataques a una costra defensiva que se rehace, se reforma, se reconstruye en otras líneas. Lo esencial es que cada metro de terreno conquistado cueste el atacante torrentes de sangre que aceleren la hemorragia, que quebranten su resistencia física. Para que ello acaezca es menester que contemos con material y aviación susceptible de amparar a nuestros guerreros. Hay algo que está fuera de duda y es que, cuando el infante se siente solidariamente defendido por la artillería y la aviación, cuando lu-

cha sin esterilidad, cuando sus heroicos esfuerzos no son baldíos y cuando se lucha conjugando armónicamente todas las armas defensivas de que se dispone, no sobreviene la desmoralización, el nervio y la fibra se tensan y la visión de las cuantiosas pérdidas del enemigo hacen olvidar los retrocesos fatales que impone el sacrificio de la guerra, a un defensor atacado por una masa dispuesta a romper defensas a costa de sangre y cadáveres en cuantía terrorífica.

Nuestro frente es Madrid. Allí es donde la guerra se decidirá. Franco lo sabe y lo saben sus aliados. Allí, y donde queramos, es donde debemos buscar, en el momento propicio, nuestra decisión, no la de Franco. Este aprovecha la situación privilegiada de su red de comunicaciones, que surca todo el territorio que ocupa, para sus concentraciones. Nos lleva esta ventaja, que sería infantil y pueril soslayar. Es un hecho que tenemos el deber de vigilar con la máxima atención. Desde luego favorece exclusivamente en proporción ingente a toda la zona Norte de Franco. Por ello pudieron darse, en la forma que se dieron, las incidencias de la lucha cruentísima de Euzkadi.

La lucha en los sectores de Teruel, a pesar de las acometidas de Franco, sigue estacionaria. Los éxitos iniciales y fáciles—fáciles por tristes razones—de los fascistas, no han tenido el mañana que esperaban. Han sido clavados en posiciones que no les representan, para la finalidad que perseguían, absolutamente nada. Una carta y una jugada perdidas en la baraja y en el juego de Franco. Teruel está intercomunicado y la lección que Franco recibió no la olvidará.

«Motus in fine velocior». Tal es el dilema para Franco. Está en el plan inclinado. Necesita, como Alemania en la primavera del 18, decidir la guerra. Nadie olvida los éxitos de Lu-

(Pasa a cuarta página)

Arturo Perucho, Director de «Treball»

Ha sido designado para ocupar la dirección de nuestro querido colega «Treball», órgano del P. S. U. C., el culto y leído escritor Arturo Perucho, vacante producida por el camarada Pedro Ardiaca que está prestando servicio en el frente.

Nuestra enhorabuena al camarada Perucho, al que le deseamos un gran acierto en la misión periodística encomendada en el órgano de los socialistas unificados catalanes.